

Hacia el pensamiento complejo

A propósito del libro *Systèmes naturels et systèmes artificiels*

por **Joan Costa**

1. Ruptura entre la acción y la comunicación

“La cultura de una colectividad es el conjunto formado por los sistemas de representación, los sistemas normativos y los sistemas de acción de esta colectividad”. Los sistemas de acción comprenden las mediaciones técnicas. La técnica es, pues, también un “sistema particular de acción”, un “subcomponente de la cultura”.¹

A partir de esta síntesis de J. Ellul, el filósofo Gilbert Hottois establece una división tajante, una separación entre dichos sistemas; separación que los mantiene aislados e incluso enfrentados, conforme a la doctrina de la ciencia compartimentada. Esta visión reduccionista la encontramos ya de entrada en el texto de Hottois cuando para tratar de los “sistemas de representación” elige el sistema lingüístico y excluye otros sistemas, alguno tan principal como el icónico: las imágenes, los esquemas.²

En una obra anterior titulada *El Signo y la técnica*, Hottois ya había tematizado esta diferencia, en tanto que sistemas opuestos, entre el signo o el símbolo lingüísticos por una parte, y por la otra la técnica-operatoria.

Ahora Hottois vuelve al asunto: “Los sistemas de representación son estructuras simbólicas. ¿Qué es un sistema o una estructura simbólica? ¿Qué es un lenguaje? ¿En qué y por dónde encuentran ellos todavía la especificidad de lo humano?” Según responde el autor a sus propias preguntas, “la relación simbólica deja ser el mundo y las cosas, ella acuerda el sentido o, más exactamente, el sentido surge del encuentro entre lo real y lo simbólico. Un mundo es un espacio simbólico articulado. Gracias a esta articulación simbólica, mundo e historia constituyen totalidades de sentido, tanto hablantes como no hablantes”.³

Acto seguido pasa de los sistemas simbólicos de representación a sus oponentes: los sistemas técnicos de acción. Y afirma: “La relación técnico-operatoria es, por el contrario, básicamente manipuladora; ella no da ni revela ningún sentido. Deconstruye y reconstruye. El sentido eventual de su intervención no proviene de ella misma, sino de la posibilidad de inscribirse en una relación simbólica significante”.⁴

¹ J. Ellul, *Le Système technicien*, Calman-Lévy, París, 1977.

² G. Hottois, “Le système technicienne et la dimension symbolique”, en *Systèmes naturels et systèmes artificiels*, Champ Vaillon, Seyssel, 1991.

³ Hottois, *op. cit.*

⁴ *op. cit.*

El autor opone, pues, los sistemas de representación y los sistemas de acción. Para demostrarlo, recurre a una comparación entre la relación simbólica del lenguaje y la relación técnico-operatoria de la acción. Y argumenta:

“Compárese, por ejemplo, el tratamiento neurológico quirúrgico o electroquímico y el tratamiento psicoanalítico de un desorden mental. El psicoanálisis es una intervención simbólica de un desorden considerado de naturaleza simbólica. El tratamiento neurológico procede de una forma completamente diferente, física, material. Por eso es comúnmente entendido como infinitamente más violento, usando medios no conformes con la esencia valorizada del hombre o de la persona”.⁵

En apoyo de su tesis, Hottis cita un libro de P. Ducasse: *Les techniques et la philosophie* (1958), quien defiende la alteridad del signo y de la técnica: “Ninguna ‘lexis’ que concierna a la técnica equivale a la técnica; y la técnica no es reductible a un discurso”. Ducasse concluye: “La técnica, por definición, solamente vale si su eficacia es independiente de todo comentario verbal”.

2. Reduccionismo y compartimentalismo

Queda claro que los tres autores citados comparten un criterio esencialista. Así consideran los tres sistemas en cuestión como tres mundos diferentes, aislados, incompatibles. Pero en mi opinión, la causa de esta escisión no procede de la naturaleza propia de cada uno de dichos sistemas: simbólica, normativa u operacional, sino realmente de dos parejas dicotómicas subyacentes: *natural-artificial* (lenguaje frente a técnica), y *material-inmaterial* (técnica frente a lenguaje). Esto es, la intangibilidad de los símbolos y los signos lingüísticos frente a la tangibilidad de los objetos técnicos. Así lo pone de manifiesto bien claramente la comparación de Hottis en un desorden mental entre la intervención psicoanalítica verbal (*natural-inmaterial*) y la intervención quirúrgica o electroquímica agresiva (*material-artificial*).

Un argumento subyacente confirma esta doble confrontación *natural-artificial / material- inmaterial*. Cuando Hottis dice que la relación simbólica “deja ser” el mundo, significa que la relación técnica-operativa lo perturba. Esta idea queda explicitada en la comparación entre el psicoanálisis y el tratamiento quirúrgico agresivo debido a los instrumentos artificiales.

Ahora bien, esos sistemas que los autores citados presentan como unidimensionales, puros, separados y tan incontaminados el uno del otro, ¿funcionan realmente así? Por supuesto que, metodológicamente, es correcto el análisis pormenorizado de cada factor por separado, pero este artificio intelectual debe ser corregido, y para ello es preciso reconstruir las relaciones concretas entre todos los factores. ¿Dónde está si no la realidad? ¿Dónde está la vida?

Los aspectos en que fundo mis críticas a estas conceptualizaciones son, como he dicho, el reduccionismo y el compartimentalismo. Sobre el primero ya he comentado cómo, para empezar, los “sistemas de representaciones” son

⁵ *op. cit.*

reducidos por los autores citados exclusivamente al sistema lingüístico. Y no aportan testigos demostrativos de otros sistemas, como los rituales, los icónicos o los cinéticos, por ejemplo -que también son simbólicos y representacionales-. Esta ausencia de ejemplos debilita la fuerza de la prueba.

En segundo lugar, a pesar de que Hottois se solidariza con Ellul afirmando que la cultura de una sociedad se compone de los sistemas de representación, los sistemas normativos y los sistemas de acción, en su artículo no comenta nada sobre los segundos; comparación que hubiera podido ser interesante y tal vez demostrativa. Pero lo destacable aquí es que la esencia empieza a diluirse, pues los sistemas normativos son también simbólicos, de representación. Las *normas*, las reglas, métodos y preceptos que deben ser seguidos por la colectividad, son enunciados mediante el lenguaje y documentados a través del escrito, igual como la Constitución o las leyes de un país. Las normas sociales no son las leyes de la naturaleza. Son productos culturales, como el lenguaje y las técnicas. Pero el lenguaje mismo, la lengua, ¿no es un conjunto de *normas* gramaticales? Leer y escribir, ¿no son *técnicas* que hay que aprender?

Técnicas mentales y técnicas instrumentales

Si Hottois hubiera considerado los ritos, las danzas, la representación escénica o la imagen fílmica, que son todos ellos sistemas simbólicos, habría provocado algunas grietas en su propio razonamiento, porque todas estas expresiones culturales se manifiestan mediante la *acción energética*, que es el soporte temporal de la representación simbólica dinámica. De hecho, ambas son indisolubles. Y si bien los ejemplos que he propuesto ya sé que no tratan propiamente de técnicas operacionales instrumentales, sino de mensajes, es indudable que éstos incluyen *normas* -ligadas al relato, al discurso- y *técnicas* -interpretativas, orales, mímicas, reproductivas, etc.-.

Mis observaciones críticas sobre la doble oposición dialéctica *material-inmaterial* / *natural-artificial* que subyace en los textos analizados, son justificadas por el hecho de que las técnicas son consideradas por sus autores exclusivamente materiales y ligadas al manejo de herramientas interpuestas. Pero no admiten la existencia, ni por tanto la acción, de las *técnicas mentales*. Que, como tales, tienen también un carácter operacional, como por ejemplo, los procesos de la ideación, la previsión, la planeación o el cálculo. Toda técnica, sea material o mental, tiene sus leyes, sus procesos, su modo de empleo, su habilidad en el “manejo” y su “manual de instrucciones”.

Acción operacional y acción simbólica

El ejemplo del tratamiento psicoanalítico es bien elocuente de estas afirmaciones mías. Veámoslo. Es cierto que el lenguaje no es agresivo físicamente como lo es un bisturí. Pero en la exacta medida que el tratamiento verbal logra el mismo fin curativo, entonces el lenguaje es un modo de acción. El paciente sana en la medida que el lenguaje actúa en él. Aquí tenemos una prueba de que el lenguaje es acción. Toda acción y todo acto son causa de un efecto, marcan un antes y un después, un cambio de estado. Esta es la

finalidad de toda acción, y no importa si ella es instrumental o simbólica, material o mental. Si es cierto que existe energía biológica, energía mental que anima las conexiones sinápticas, es porque hay *acción mental*. Hay vida en la mente. Una acción instru-mental que, por cierto, es al mismo tiempo simbólica, porque la mente piensa con imágenes más que con palabras.

3. Relaciones y dimensiones de los sistemas

Acaso la causa de este reduccionismo separador que aquí denuncio es que el lenguaje es considerado por los autores citados como un sistema simbólico sígnico y representacional. Sí. Pero solo en su *esencia formal*. Es decir, separado de cualquier otra dimensión. Y no se ha considerado una dimensión vital del lenguaje: su *función comunicativa*, su carácter relacional, que hace del hombre un ser social, y que asimismo sustenta el sistema social.

Pero además, lo que tampoco ha sido considerado en los textos citados, es la esencial dimensión de la *acción comunicativa* del lenguaje. Aunque los autores citados coinciden en la idea de que la comunicación no es un sistema de acción, Hottois propone un ejemplo -el del psicoanalista- que está demostrando lo contrario, a pesar suyo. El psicoanálisis es un tratamiento curativo por la acción de la palabra. Por la influencia de una mente sobre otra mente. Acción inmaterial, simbólica y sin objetos interpuestos. Pero acción. Acción mental.

Para terminar, quiero decir que si he elegido para este ensayo las tesis de Ellul, Hottois y Ducasse es porque me han parecido un buen referente -en sentido contrario- para explicar el pensamiento complejo. La rutina surgida de la ciencia compartimentada -y reforzada por el empirismo divisionista y la hiperespecialización- ha sido tan fuerte en el pasado, que el pensamiento complejo -sistémico, estructuralista, informacional- fue confinado mucho tiempo por las ciencias, tanto naturales como humanas, y todavía hoy está marginado. Sin embargo, ese es el que guía el modo de ver y el trabajo de muchos estudiosos y pragmáticos en los campos de la investigación y la formación, entre los cuales me cuento.

“La visión esencialista es reduccionista; separa y compartimenta los conocimientos en lugar de articularlos en un tejido útil. El pensamiento complejo establece relaciones en todo aquello que afecta al ser humano y da a todos la capacidad de pensar adaptada a la realidad de un mundo global”, ha escrito el amigo Edgar Morin.

Así descubrimos cosas como estas: que algunas características consideradas como propiedades exclusivas de un sistema, se encuentran también en otros sistemas. Que todo está interrelacionado. O que fenómenos dispares tienen leyes comunes.

“No es simplemente la sociedad la que es compleja, sino cada átomo del mundo humano”. Con estas palabras, de nuevo Morin sintetiza la complejidad, y a partir del sistema social la extiende a cada átomo del mundo humano. Desde el universo hasta la célula. Con estas mismas ideas podemos pensar, por ejemplo, el universo como “sistema de sistemas” -tal como lo define el gran

Mario Bunge-, o el sistema de los objetos, o el de la moda, o el de la nanotecnología. Todo depende del nivel de la realidad que elijamos para la observación, porque, como decía Guyé, “es la escala la que hace el fenómeno”.